

REVISION DE LA HISTORIA ARGENTINA

Introducción

Una de las más profundas transformaciones operadas en el país durante los últimos cincuenta años, despertó, entre muchas cosas, un sentimiento mal llamado “nacionalista” que bajo el rubro de “Revisión de la Historia”, tendía a la exaltación de los caudillos y a su vez, a reducir la estatura de los héroes civiles que habían sentido y difundido la influencia y los beneficios de la civilización occidental.

Rosas, fué la personificación más elevada de esos sentimientos patrióticos, y Rivadavia, Urquiza, Sarmiento, Alberdi, Mitre, los símbolos de la traición a la patria, por su prédica europea, por su filosofía utilitaria e importada, por su acción libertadora, por su obra constitucional —la unidad política de la República— por estar ella inspirada en las ideas políticas americanas, inglesas y francesas, y no como hubieran sido sus deseos, en aquellas que imperaron en los días nublados de la Colonia.

Esta escuela o tendencia ha tenido desde el primer día, el propósito de llevar su proselitismo a la cátedra secundaria y universitaria, y en consecuencia el mérito de arrastrar a una pequeña parte de la juventud, a su ideología “nacionalista”. Esos jóvenes salen de inmediato a la palestra a difundir las ideas recibidas, no para contribuir a hacer la luz, con aquella serenidad y continencia crítica que reclamó siem-

pre el relato histórico, sino con pasión polémica y ademán combativo, propio de la edad, y ajeno a las meditaciones profundas que reclaman las investigaciones del pasado, cuando se buscan las leyes sociológicas, políticas, económicas, culturales, a que ha obedecido la evolución, y busca fijarse la verdadera talla intelectual de los consulares o los héroes.

Y no queremos con estas expresiones hacer un cargo a la juventud, porque sabemos que ella está hecha de nobles sentimientos que a veces se confunden con la justicia, y de generosas intrepideces que dominan el espíritu, deforman la verdad, y aceleran una acción equivocada cuando no se ha alcanzado la luminosa sensatez que viene con los seguros reposos de la edad madura. Por eso desde la antigüedad, la historia ha quedado fuera de los géneros literarios de la juventud. Y lo es más en el presente. La complejidad de la vida de los pueblos en el orden interno e internacional, requiere un mayor esfuerzo, inteligencia, conocimientos, estudios, ciencias auxiliares, para dominar en su amplitud el ámbito de una época que habrá de narrarse y destacar en ella la figura procérea de sus elegidos.

Y se completa la obra "nacionalista" con el alegato formidable del libro. Con el libro lanzado a todos los vientos de la publicidad, que en muy raras ocasiones se ajusta con estrictez a los cánones rigurosos de la historia, por que en la mayoría de los casos, se acoje al género de la biografía novelada, que si da margen a verdaderas y sutiles interpretaciones de la psicología de los hombres, se presta también a todos los desbordamientos de la imaginación y a las más encontradas interpretaciones ideológicas.

Y así, la prédica tiene una profunda repercusión en el alma nacional, que puede desorientar a los espíritus pusilánimes o ignorantes de su historia; contrariar las corrientes de la opinión pública en forma extremada y violenta, y al hacer la reversión sobre el pasado, matar los anhelos de mejoramiento y de progreso que sugiere la civilización contemporánea;

mientras descienden los niveles de la cultura, los únicos que sitúan a los pueblos en los dominios de la historia.

Entregadme la educación de la juventud, decía el filósofo, y dentro de treinta años gobernaré la patria. Esta frase que pudiera repetir el más exigente de los estadistas o de los filósofos dados a desentrañar las cuestiones de la vida nacional, encierra todo el secreto del problema y marca el camino y el deber de los verdaderos conductores de pueblos.

Nosotros carecemos de una eficiente organización de la enseñanza pública. No tenemos una ley que organice desde la base hasta la cúspide los distintos planes de las distintas ramas que integran la instrucción, dando carácter y armonía a una estructura legal. No hemos dado definición a la enseñanza secundaria, — tan principalísima — ni a la enseñanza universitaria, tan decaída en un profesionalismo utilitario, que suprime los horizontes espirituales que depuran y elevan el alma, para dar lugar a una conquista de intereses materiales, que rebajan la vida y cierran los caminos de la belleza, de la cultura y del ideal.

Mucha culpa radica en nuestro propio temperamento que las oleadas cosmopolitas no han podido todavía modificar. Somos a veces impresionistas y nos dejamos deslumbrar rápidamente por cualquier proyecto o innovación extranjera, sin recordar las peculiaridades de nuestro medio, de la geografía y de la historia; y en otras ocasiones nos abandonamos, como en la modorra de una siesta, legando a otras generaciones la tarea del presente.

Nos sería fácil señalar en nuestros planes de estudios la supervivencia de los ideales de una filosofía materialista y utilitaria, que privó en el país como consecuencia de su desarrollo en Europa; y que alimentó en gran parte a la generación del 80, pero en la cual se atemperan sus defectos, por ser ella una generación privilegiada que tuvo la religión de la cultura, de la inteligencia y del arte.

No entra en los propósitos de estas líneas profundizar las deficiencias o proponer las reformas más acordes a la época,

o a las exigencias de una cultura que tarda en caracterizarse en nuestro país. Pero sí no podemos ocultar la pena con que se observa en la instrucción pública argentina, la falta de ideas superiores y directrices; el afán utilitario, económico y materialista, que domina en los distintos ciclos de la enseñanza; la ausencia de toda metafísica, que substrayendo el espíritu a las materialidades de la vida, lo levante sobre el rigorismo de las ciencias y las experiencias del laboratorio, a la contemplación de las cosas eternas que serenar el espíritu, despiertan los ideales de una estrecha solidaridad hecha de justicia, de sentimientos, de tolerancia, de ética, de moral; que acerque a los hombres, armonice las ideas, y permita por la serenidad y la cultura, la realización de un mejor destino para las nuevas generaciones argentinas.

Pero por poco que se ahonde en la observación, se percibe con claridad, como causa principalísima de nuestros desastres educacionales, la falta de un ciclo de cultura integral y formativa, y en consecuencia gratuita, universal y obligatoria; la única que puede formar hombres en la realidad exacta del vocablo, modelando el carácter, educando los sentimientos, superiorizando el espíritu, despertando la admiración por la muestra del ingenio, de la literatura y del arte; creando el hábito del trabajo, la actitud para la acción, la fortaleza para el infortunio; sintiendo las emociones más generosas y nobles ante las conquistas del genio y los deslumbramientos del heroísmo; pregonando el respeto por el derecho y el acatamiento a la justicia, para que al fin pueda el alma de la patria — que traducirán sus hijos — engrandecerse en esas regiones de la educación, de la cultura y de la inteligencia, del pensar filosófico, y del obrar sereno, reflexivo y metódico, y que armonizando con los supremos dictados de la ética y de la moral, habrán de redimirla también de todos los errores, inmoralidades y vicios de esta inquietante actualidad.

Todas las deficiencias de que nos acusamos en la práctica de nuestra incipiente democracia, fecundada en un campo de incultura, de desorden y anarquía; todas las deficiencias de

que nos acusamos en los retardos de nuestra evolución republicana, a pesar de las nobles inspiraciones de los patricios de la proscripción y de una vasta legislación electoral y política, sancionada después, vinienden no sólo de los resabios ancestrales de la raza — que al señalarlos pareciera que con ellos quisiéramos librarnos de nuestra propia culpa — sinó también de esas fallas bien manifiestas de la educación pública, que en su orientación actual, más busca difundir el conocimiento enciclopédico que la formación integral del hombre.

Demos a la cultura pública toda la acción, lugar y tiempo que le corresponde en el desenvolvimiento armónico de la vida nacional, y su influencia cada día más beneficiosa, descendiendo hasta las capas inferiores de la sociedad, ejercerá por su propia virtud y por el ejemplo que viene desde arriba — tan escaso en estos últimos años — una verdadera transformación en las costumbres, en los hábitos, en la vida pública y privada.

Rectifiquemos con urgencia las equivocadas orientaciones pedagógicas que pudieron servir al ideal de una época, ya pretérita para nosotros; y al dar a la enseñanza secundaria una nueva directriz, que la separe más convenientemente de la instrucción universitaria — pero a la vez de mayor conveniencia para ésta — créense los cursos de preparación para cada especialidad profesional, en lugar de esos exámenes de ingreso que nada prueban, y donde una insuficiencia manifiesta reemplaza al estudio metódico, racional y específico, que reclaman en estos casos, las distintas carreras liberales y aún aquellas otras de menor jerarquía intelectual.

Y sería posible que en esos cursos de marcada acentuación cultural — donde lógicamente tiene su sitio el estudio de la historia patria — pudieran ejercer el magisterio, hombres que no reunieran las condiciones para tan alta docencia y extraviar la juventud — en cuyo corazón y en cuyo cerebro está palpitante el porvenir del país — enseñándoles a prolongar las antiguas disidencias civiles, que ensangrentaron la

patria y desembocaron en la más sangrienta dictadura que recuerden los anales de América?

¿No es esto ignorar el concepto de la Historia y la razón de su enseñanza? Ya lo demostraremos con algún deteni- miento. Y cuál sería la consecuencia de esta prédica si ella pudiera continuar en la escuela y en la universidad? No necesi- tamos nosotros, pueblo nuevo, redoblar el esfuerzo en pro de la cultura, para afianzar la unidad espiritual, expuesta en esta lucha de ideologías extremas que conmueven al mundo? Re- cordemos que constituimos un país formado con aluviones ex- traños, sin un pasado milenario que haya creado un sentimien- to, una conciencia, un alma nacional, resistente a todos los embates de la adversidad, y con aquellos caracteres, modali- dades y cultura propia, del espíritu de esos pueblos que han hecho y harán eterna la civilización occidental.

Tengo ya expresado que: Necesitamos descender con fre- cuencia a las intimidaciones de la vida nacional, profesar la re- ligión del pasado y el culto de los héroes. No llamar “guerra civil” a nuestras luchas por la independencia y la libertad. No abjurar de lo que de más grande y noble tiene nuestra his- toria, llamando a los próceres “traidores a la patria” por que alguna vez erraran el camino de la verdad. No lo fueron Ri- vadavia, Sarmiento, Mitre, Urquiza, Alberdi, que en ellos se ha plasmado todo lo que de más puro y excelente tiene nues- tra cultura, tienen nuestras instituciones, tiene nuestra vida cívica y nuestra austeridad republicana. No continuemos vi- viendo bajo la ley del odio que abrió surcos de sangre en tie- rra argentina. Recojámosnos a la sombra de los grandes idea- les como a la sombra de los grandes árboles, donde llegan las brisas refrescantes, depuradas del aire y de la tierra calci- nada, como llegan los juicios de la historia depurados del odio y de las pasiones combatientes.

Es culto el pueblo que ha conquistado esta serenidad a que aspiramos y que los maestros no pueden interrumpir ino- culando en el alma de la juventud el virus despreciativo de las grandezas heroicas. La cultura y la serenidad dan al pue-

blo la conciencia de su propio valer, de la continuidad de la vida moral y de la trascendencia de su misión histórica, y harán del pueblo argentino la patria prometida de los ideales humanos que ya parece anunciarla el pórtico magnífico de la Constitución.

La cultura y la serenidad constituyen las formas perfectas de la sabiduría.

II

Los héroes y las escuelas históricas

Detengámonos en este proceso de “Revisión de la Historia” para fijar su concepto del “Héroe” y determinar el criterio con que se estudian “las series históricas”: siempre bajo la sugestión de ese sentimiento mal llamado “nacionalista”.

Esa tendencia no ha producido todavía un historiador que abarque en su conjunto todo el desenvolvimiento del país, desde los días de la conquista, con sus ideas y sentimientos propulsores, hasta la consolidación definitiva de la independencia y de la estructuración institucional. Su obra se concreta más a estudios parciales sobre los hombres que para ellos simbolizan al héroe, y que amplían con algunas ligeras pinceladas sobre la época, a manera de fondo adecuado a la efigie.

Y en estos casos la biografía más parece el alegato de un abogado, con todos los elementos a veces contradictorios que él implica, que el sereno discurrir por el ámbito de una vida, hecha para el pensamiento o para la acción, pero siempre mezcla de virtudes y defectos, que al completarse, muestran como en un cuadro de Rembrandt — por esas fuerzas de la inteligencia, de la intuición y del arte — todo lo que de extraordinario tiene un sentimiento heroico o la voluntad creadora de un espíritu.

No hay nada más plausible por su efecto educador, que difundir en todas formas, la vida de los héroes comprendidas

en las esferas del pensamiento y de la actividad humana. No le atribuyamos origen místico a su aparición ni a la influencia decisiva que Carlyle le asigna, en todos los casos, especialmente en sus obras "Los Héroes" y en "Cromwell", pero nadie que halla profundizado en los movimientos de la Historia, de cualquier naturaleza que hubiera sido, dejará de encontrar en ellos, la huella profunda de la acción procéerica.

Entendemos que el culto de los héroes dignifica a las generaciones que lo profesan; y es escuela de educación cívica, moral y política, para los pueblos que tienen conciencia de su destino.

Por el culto de los héroes puede medirse la grandeza de un país, representan la conciencia impulsora de su destino. y las fuerzas de la voluntad, del carácter, de la inteligencia y la cultura, que trabajan el porvenir.

Pero los grandes movimientos de la historia no lo genera solo la voluntad o el sentimiento heroico de los hombres. Ellos tienen sus remotos orígenes en causas políticas, económicas, culturales, filosóficas, que hacen el ambiente para el triunfo de las nuevas corrientes de opinión. Los hombres serán sus precursores, darán la fórmula doctrinaria al movimiento, y serán más tarde sus conductores o sus guías. John Hampden en Inglaterra, Mirabeau en Francia, Washington en la América del Norte, no son los autores — ni por la grandeza de su carácter, ni por la fuerza de un sentimiento heroico, ni por la perdurable consistencia de su obra — de esas tres grandes revoluciones que transformaron la faz política del mundo. Fueron precursores, dieron más tarde fórmula a los anhelos colectivos, dentro de la doctrina política-económica-religiosa de su tiempo; luego sus conductores y sus guías en la batalla, en la prensa, en el parlamento, en el gobierno, en la nueva organización constitucional de sus países. Y así llegaron a ser héroes en el sentido excelso de la palabra: Washington "el primero en la paz, el primero en la guerra, el primero en el corazón de sus conciudadanos", Hampden "el único hombre comparable a Washington, si John Hampden pudiera ser com-

parado” y Mirabeau, la personificación de la Francia revolucionaria, en uno de los momentos más lúcidos de su historia.

Los arquetipos plasman la nacionalidad y a veces la entretienen en las claridades de su genio. Adams anticipó a los Estados Unidos en las afirmaciones constitucionales con que refutaba la política británica de Lord Manfield. Moreno vislumbraba nuestro país cuando llevaba ardoroso el sentimiento de patria, y así lo expresaba frente al fuego de una invasión extranjera.

Es la profecía del genio, la revelación del sentimiento heroico, que realizan luego los libertadores, los héroes de la espada, los ejecutores del sueño del precursor; y ellos plasman y transforman el destino de un nuevo mundo y se alzan a la altura de los más grandes capitanes de la historia. Vienen después los organizadores, los que dan perfil definitivo a la histórica construcción: los que fundan y arraigan las instituciones en las convenciones y en el Gobierno, como Hamilton, Jefferson, Madison, Lincoln en el Norte; como Moreno, Rivadavia, Urquiza, Gorostiaga, Vélez, del Carril, entre nosotros. Los que educan, encausan y dirigen la opinión pública desde el libro o el estrado tribunalicio, como Jay, Marschall, Daniel Wester, en los Estados Unidos; como Alberdi, Sarmiento, Mitre, en nuestro país.

Basta la enumeración de estos nombres y el recuerdo perdurable de su obra — todo en el orden político, dejando para después lo que puede pertenecer a otra faz de la inteligencia — para valorar la altura sin comparación del héroe, y comprender a Taine, cuando expresaba que, la historia no era sino la epopeya del heroísmo.

Comparemos nuestros caudillos mediocres de la guerra civil, objeto del culto del heroísmo en muchos de los nuevos cultivadores de la historia, y comprenderemos la errónea y apasionada intención de crear por la fantasía héroes que no resisten a la crítica, pero que despiertan como algunos santos — y en estos casos menos justificada — la apasionante devoción de renovados hagiógrafos...

Y para hablar solo de los autores desaparecidos, y a la vez de uno de los más inteligentes precursores de este movimiento, recuérdese que Quiroga, “el Tigre de los Llanos” fué comparado a César, “Facundo hijo es de César... Recordad su expresiva fisonomía romana y sabed que César ocupó largo tiempo la España ulterior... La campaña de Cuyo es la del Ponto; ambos escribieron el cartel: Veni, vidi, vinci, que ningún otro Capitán ha repetido íntegro en sus partes”. Y así continua hasta... “que el parangón termina donde empieza a reinar el pensamiento”...

Desde luego, estos trabajos no se escriben con el criterio objetivo que inspiró el concepto clásico de la historia: montañas de documentos oficiales y privados, de manuscritos inéditos y de billetes íntimos que a veces un falso pudor suele sustraer a las definitivas conclusiones del análisis. Tal por ejemplo, la escuela de Ranke y de sus menos afortunados continuadores.

No los informa tampoco un verdadero sentimiento subjetivo, hecho de la realidad y de las profundas intuiciones del alma de un artista; magnífico resultado de la lógica interpretación de los documentos y de la experiencia de la vida en el orden de los fenómenos que se estudian. Tal el caso de Macaulay, que aprovechó de la paciente investigación de sus antecesores, y legó a la literatura de su patria, el monumento imperecedero de su “Historia de Inglaterra” que lo coloca a la altura de los más grandes historiadores de todos los siglos. No en valde había escrito con anterioridad, en su estudio “De la Historia”, que ella así concebida “era el mayor de los méritos intelectuales”.

Omito considerar la escuela histórica fundada principalmente en el factor económico, que arranca de las teorías marxistas y que prescinde muchas veces, de la influencia trascendental de las fuerzas morales que gobiernan a los pueblos, por no tener ella continuadores en el país, después de haber sido expuesta con erudición y con talento, por el jefe y fundador de un partido.

Pero hubo también en las postrimerías del siglo pasado, una escuela, hoy bastante desacreditada, que suprimiendo toda imparcialidad y desechando los documentos contrarios a sus propósitos políticos, hacía servir la historia a los intereses transitorios de su país. Tuvo su esplendor en Alemania y fué Treitschken su más prestigioso representante. La historia — espejo de la humanidad — se puso a la orden de la unidad política del Imperio y de los intereses de una guerra que se intuía en el genio de algunos estadistas y generales.

Sybel, Droysen y Treitschke, actuando en la vida pública, pusieron la historia al servicio de ese ideal, y a pesar de la diferencia de criterio que separó al primero, sobre la política prusiana, arrimaron sus esfuerzos al encumbramiento de los Hohenzallm, facilitados los archivos por la voluntad despótica de Bismarck, que los cerraba para sus adversarios. Y sembrando en los hombres íntimas y profundas disidencias que afectan a la conciencia nacional, y que la historia no puede suscitar sin mengua de su principal objetivo, restaron todo valor a ella, como arte o como ciencia, pues conseguido el fin inmediato, desaparece como obra perdurable de la literatura histórica universal, aunque los libros se sobrevivan por las relevantes condiciones del historiador.

La historia así concebida, me parece despojarse de los nobles atributos de su dignidad, que le vienen desde antiguo: desde los relatos novelescos de Herodoto y de la galería de los héroes inmortales de Plutarco. Desciende a mezclarse en la lucha de pasiones que agitan o convulsionan un país, restando a los juicios la serena imparcialidad de los pronunciamientos, y quitando a la historia el clásico y extraordinario mérito de su labor cultural.

Tal me parece ser el propósito que anima a los historiadores de las nuevas tendencias “nacionalistas”. En el culto del caudillaje, no va solo la admiración por el coraje o por la intuición de una idea que ha triunfado por natural gravitación de los antecedentes históricos y por la geografía del país. Veo también manifestarse un sentimiento de repudio a

las instituciones libres que nos gobiernan, valiente y claramente expresado. Ello nos conduce al culto de los desmanes, al aplauso y admiración de los tiranos, al desprecio de la ley, y al vejamen de la dignidad humana.

Esto no es historia. Que inmensa diferencia con la escuela histórica de Macaulay, que tanta influencia tuvo en nuestro país, donde después de relatarse una época, con todos sus altibajos, con sus sombras y sus luces; donde después de hacer comparecer los personajes, con sus doctrinas y sus hechos, y de estudiar los distintos movimientos con sus complejos de causas internas y externas, el historiador — como el más alto juez que mide con plena conciencia la responsabilidad de una sentencia sin apelación— juzga fundado en los más puros sentimientos: la moral, la justicia, el derecho, el heroísmo, la tolerancia, la solidaridad humana, en la sinceridad de las creencias y en el amor profundo de la libertad.

Y pudieron ser otras corrientes ideológicas, las que fecundando el campo de la historia, desviaron el vuelo del pensamiento argentino, y circunscribiendo las cosas de la tierra, a nuestro pequeño mundo, nos hicieran olvidar, para carecer de término de comparación, los ejemplos singulares de la antigüedad, las construcciones monumentales del renacimiento y del medioevo, los movimientos fecundos de la vida contemporánea, que se animan al soplo de la justicia, de la redención, de la democracia y de la libertad — ante los cuales, desaparecen, como resabios de ignorancia y de incultura, las germinaciones maléficas de la anarquía y del desorden, con sus cortejos de montoneros y de tribus indígenas, y que un falso “nacionalismo” nos pretende hacer admirar?

La escuela histórica de Carlyle, de ascendencia germana, no ha tenido continuadores entre nosotros, aunque despertara justificada admiración; y aún cuando con posteridad a ella, algunos historiadores nacionales, escribieran la biografía de los héroes máximos. Tal el caso de Mitre.

Es que la concepción del “Héroe” de Carlyle, va más allá de la realidad, lo eleva hasta señalarlo como la causa

determinante de los acontecimientos humanos, y dá a su acción la trascendencia inmensa que le sugiere el origen místico de su aparición. Sus geniales abstracciones, su filosofía desordenada y original, que a veces recuerda a Nietzsche, sus maravillosas descripciones de la naturaleza —afeadas muchas veces por comparaciones triviales y bajas, que el buen gusto no puede aceptar— lo hacen indiscutiblemente, un modelo, pero que choca con el orden, la regularidad, el método y la armonía, y sobre todo, con nuestro temperamento latino, más dado a los desenvolvimientos tranquilos, serenos y claros de la razón y del sentimiento —pero no de ese exagerado sentimiento heroico, desordenado y soberbio, sin límites para la acción y generador de toda la vida humana, que inspiró y llenó de grandeza y de sublimes y terroríficas visiones, la obra voluminosa de Carlyle.

Su historia de Cromwell, es inimitable, profundamente original. Cómo resultaría la vida de un caudillo argentino, develada como aquella, por sus propias cartas —siempre la obra de un mediocre o secundario escribiente, por la propia incapacidad del firmante— y dibujada en ese ambiente de un sereno y riguroso puritanismo!

Agreguemos para concluir que, su “Historia de la Revolución Francesa” es la prueba indiscutible de sus méritos y defectos como historiador, y a la vez, la irrecusable comprobación, como en Bukle —ese otro notable historiador— de que el genio inglés no comprendió esa Revolución en su programa, en su iniciación y en su ulterioridades, quizá, por ese mismo fascinante puritanismo que concluía con la corrupción de los Estuardos.

Y aquellos que comprendieron a Carlyle, se abandonaron a la admiración de la anarquía argentina y de sus autores responsables?...

A diferencia de la escuela citada, han tenido una gran repercusión en el país, las tendencias históricas de Taine, cuya obra principal “Los orígenes de la Francia contemporánea” circuló por el mundo con el mismo éxito literario de la “His-

toria de Inglaterra” de Macoulay. Profundamente diferentes, por las características de raza y por sus métodos de estudios, sus autores se igualan por su educación clásica, y ambos alcanzan por distintos medios, la gloria de ser fundadores de escuelas.

La educación filosófica y literaria de Macaulay, le permitió llegar a las más amplias generalizaciones y a las más brillantes síntesis, que han hecho original y perdurable su magnífica labor intelectual. La educación filosófica y literaria de Taine, le permitió llegar por la profunda agudeza del análisis, hasta los más remotos o perdidos orígenes, escudriñando la verdad, y levantando piedra sobre piedra, esa construcción monumental de la “Francia contemporánea”.

Taine, ha influido en nuestra literatura histórica, pero espíritu cultivado en las excelencias de las letras y las artes, no podía sugerir la admiración de la anarquía y del desorden, de la montonera y el compadraje gaucho. Ha influido en quien podía comprenderlo por afinidad de espíritu y de gusto. En Croussac, sobre todo en sus últimas y valiosísimas obras, que honran nuestra literatura, y cuya influencia en ella no ha sido todavía determinada. También en J. M. Ramos Mejía, historiador sociólogo, y prosista de muy recomendable estilo. “Rozas y su tiempo” revela muy claramente esa influencia. No en vano su autor fustigó con tanto empeño como justicia, esa época calamitosa del espíritu argentino, en que el caudillo corría como el principal protagonista... señor de la pampa y la revuelta, sobre el redomón piafiando en la inmensidad abierta a la ambición y a la conquista!

Repercutió también en nuestro medio literario, el arte narrativo de Thierry, que importaba en la literatura francesa, una nueva escuela histórica, que completarían los trabajos posteriores de Michelet: uniéndose así al colorido, movimiento, animación, vivacidad del relato de éste las atrayentes secciones del estilo del primero, que tanto cautivaron en su tiempo.

Pero indiscutiblemente fué Guizot, quien ejerciera una mayor gravitación, que se revela primero en las páginas de Estrada. Es la antítesis de la escuela de Thierry —narrativa y artística— es la escuela científica de la historia. Y el argentino se iguala al maestro por la forma oral de sus lecciones, y lo supera en esos secretos y efectos de la elocuencia, como que Estrada era el orador artista por excelencia.

Y cuando Estrada como Guizot, miraba pasar los acontecimientos, colocándose a cierta distancia, para profundizar en sus causas y señalar las leyes a que iba obedeciendo la evolución, no daba a la acción personal de los hombres, la trascendencia anteriormente expresada; y lapidando como con acentos bíblicos, los movimientos de la anarquía, sentenció con palabras candentes, de arrebatadora elocuencia, esas turbas que llegaban del desierto a las puertas de las ciudades y a sus caudillos conductores, como causantes del retardo de la civilización y de la cultura nacional.

“La abominación venía sobre Jerusalen” según sus propias palabras, “La unidad nacional quedaba disuelta” “y el rojo chiripá y el poncho, complemento del centauro de las pampas, abundaban en nuestras calles, llevados ya por los vencedores, ya por los tímidos o ambiciosos que los adulaban”.

Silencio y temor de muerte cayendo sobre el pueblo y sólo interrumpido por el ruido del sable del montonero mientras el alarido de la tribu indígena irrumpían la soledad pesada del suburbio!

Pero detengámonos aquí, que ya estudiaremos por separado y en parágrafo aparte, la vida, la obra y la formación espiritual de nuestros historiadores, determinando en ella, la influencia del pensamiento europeo, y la que recibieran de esas otras fuentes históricas de la antigüedad clásica, que se conserva como hitos o mojones fijados en el tiempo, para señalar la línea siempre ascendente de la inteligencia y la cultura humana.

Es que percibo con claridad la influencia que la cultura clásica tiene en la formación del verdadero historiador, que

se distingue de los comunes narradores, como un suelto periodístico de un ensayo literario. El uno es todo improvisación, es la nota sonante de un día, debe traducir un anhelo colectivo, y transmitir para convencer, todos los calores y pasiones de una acción combatiente. El ensayo literario reclama aparte de una lógica y especial preparación en la materia, la natural madurez de las ideas que han trabajado el espíritu, la precisión armoniosa de la forma, y esos dones innatos del artista que le permiten llegar por la intuición donde otros no pueden situarse por la paciente laboriosidad de la investigación.

No dudamos que el criterio para estudiar la historia en los tiempos venideros podrá evolucionar pero encontrar la verdad reconstruyendo el pasado por la selección de las fuentes y por los recursos inagotables del arte, será siempre su fin supremo, como ella será por la sucesión de los siglos, la conciencia viviente de la humanidad, orientando su marcha por el piélago sin límites y sin orillas de su eterno destino.

NICANOR MOLINAS
